

Repercusiones de la revolución tecnológica

FRANCISCO G. DE MARDONES (†)

Francisco G. de Mardones, autor del presente artículo, falleció hace un año camino de Lisboa. Abogado experto en los problemas laborales, fue por muchos años consejero de nuestro mundo sindical. Murió caminando, como lo hacen los grandes, en cumplimiento de un servicio pedido por su segunda patria. Entre sus papeles, dejados atrás, hemos encontrado este artículo que no llegó a mandar a la imprenta. Lo presentamos como un homenaje de reconocimiento y aprecio en el primer aniversario de su fallecimiento (25 mayo).

Un grave problema está en pie. Los daños evidentes que la automatización empieza a producir. Y las pocas soluciones que se ponen en vigor. Por ahora, desgraciadamente, no estamos pasando del enunciado del problema y, cuando más, de apuntar soluciones más o menos retóricas e inoperantes. Es en el terreno de los hechos socio-económicos donde es preciso actuar. Con energía y con decisión. De esta manera habrá de conjurarse una situación grave, de proporciones desmesuradas, cuyas consecuencias pueden llegar a ser irreparables.

Para recuadrar debidamente este esbozo de rectificaciones político-sociales que estamos apuntando, debemos referirnos —en un principio— a la evolución o, mejor dicho, “**revolución**” de las técnicas que el mundo industrial está viviendo en este momento histórico. Aparte del desarrollo creciente de la energía atómica y sus aplicaciones actuales, es preciso anotar las extraordinarias posibilidades de la transformación de la materia que está presentando al mundo civilizado el automatismo (en sus diversas denominaciones, cuya diversidad no altera el hecho industrial en sí mismo). Y estas extraordinarias posibilidades, comprendidas entre otras mil por la transmisión de la energía sin hilo, por la utilización de las corrientes de alta frecuencia, etc., etc., son, precisamente, las que han de producir —y producen, sin duda alguna— altera-

ciones en el mundo del trabajo que hay que cuidar, rectificar y subsanar.

Así nos encontramos en plena “**revolución**” incontenible del transporte terrestre y aéreo. Tenemos en casa misma el grave fenómeno (transporte marítimo) producido por las naves furgoneras en nuestros puertos, especialmente en el de La Guaira, de donde la estiba puede convertirse, muy en breve, en el coché de caballos que el automóvil sustituyó hace tiempo. Los trabajos de minerales están en la misma fase. En nuestro petróleo el brazo venezolano va quedando día a día ocioso, inoperante, esterilizado. En Rusia misma tenemos que los haces de alta frecuencia (faisceaux) transforman el mineral en polvo o gas y están desterrando la mano de obra, casi en absoluto, en la industria minera (y de paso recordemos que nuestra minería de hierro y metales diversos es un hecho positivo, pero que puede, cualquier día, ser deficitaria en cuanto a mano de obra empleada).

Es también cierto, indudablemente, que esas posibilidades técnicas están utilizándose o se encuentran en vías de utilización, gracias a millares de investigadores que laboran hoy en los centros industrializados donde se busca con ahínco su empleo racional; pero no debemos olvidar todos, desde el trabajador y el patrono hasta el Gobierno mismo, que lo racional económico puede convertirse en lo irracional social. Es preciso estar preca-

vidos. Muy alertas y preparados para las inesperadas contingencias que nos deparará el desarrollo industrial mismo; nuestro avanzar técnico. No podemos caer en el triste vacío desolador de la deshumanización económico-social; en lo negativo del desarrollo. En el retroceso de cuanto con tanto sacrificio hemos llegado a conseguir en el campo industrial.

El progreso técnico es un hecho indeclinable de todas las épocas de la historia. Y lo característico de la nuestra es, precisamente, la amplitud del fenómeno y su aceleración constante. El esfuerzo humano lleva en sí como característica notoria y sobresaliente una extrema rapidez de acción.

Hace años, pocos aún, la evolución técnica se extendía por largos lapsos: a veces, hasta por generaciones sucesivas. Hoy, no. Todo es rápido, veloz, incontenible, en sus acciones vertiginosas. Hace 50 años en la metalurgia se trabajaba en el laminador con pinzas. El hijo del laminador trabajó con las mismas pinzas; pero el nieto de aquel viejo laminador trabaja hoy sobre trenes continuados, con mandos electrónicos. Se sitúa sobre los cuadros, apoya botones de maniobra o maneja palancas y hace producir en un tiempo mínimo, sin esfuerzo corporal, varias decenas de kilómetros de lámina metálica en cada hora de trabajo. Y es así como se va generándose el desempleo, el mayor problema por la mayor productividad por el tecnicismo irresistible. Por el adelanto del hombre en el fenómeno de la producción moderna.

También esta evolución de las técnicas aminora la calificación de muchos trabajadores. Y hasta los deshace en su propia moral profesional, dando lugar a situaciones de tortura psíquica.

ESTABILIDAD LABORAL

El Departamento del Trabajo de los Estados Unidos ha afirmado —y no le cabe, a nuestro juicio, una sinrazón— que si todas las posibilidades del automatismo se desarrollaran con la misma cadencia, simultáneamente, se produciría en aquel coloso industrial un paro forzoso no menor de dos millones de trabajadores. Es lamentable que nuestra industria petrolera no se enfrente a este problema tan delicado con la urgencia que requiere. Y que hasta el Gobierno mismo no ponga en él su más cuidadosa atención. Tratado con máxima racionalidad estarían de más, serían muy sobrantes, esas cláusulas de estabilidad del trabajador petrolero con las que en nuestros contratos colectivos

se trata, erróneamente a nuestro entender, de remediar el inmenso problema que crece en la industria del petróleo a ojos vistas. La estabilidad sólo puede ser un paliativo del arduo problema. Jamás una verdadera solución, y no habrá otra positiva y tangible que la consistente en la transformación de empleo a base de un subsidio de paro forzoso. El automatismo producirá desempleo dígame lo que se diga y cada vez mayor, pues los nuevos descubrimientos industriales van en vertiginosa aplicación. Y serán los países de gran desarrollo industrial quienes nos marquen nuestro paso de andadura; y nada podremos hacer con alardes de estéril verborrea ni con reuniones cachupinescas. Tengamos presente que si en los Estados Unidos había 2.000 ingenieros en el siglo pasado, hoy hay mucho más de UN MILLON en plena actividad.

ALERTA A LOS SINDICATOS

Y estas líneas no tienen otro propósito que dejar consignados unos cuantos particulares, muy someros, concernientes a los efectos del automatismo en un país como el nuestro, aún en pleno período de preparar su futuro desarrollo; sólo buscan, asimismo, alertar a los elementos de nuestra producción para que por medio de su acción vigorosa y decidida impidan que el país caiga, se hunda, en un atrasado ayer, arcaico y suicida. Es de todos, sin excepción, el perseverar en el futuro promisor que ante Venezuela se presenta si nosotros, sus hijos, hacemos un esfuerzo de decisión, de perseverancia y muy especialmente de entrar con paso decidido y firme, con seguridad y serenidad, en el concierto creador de los grandes pueblos industrializados.

No podremos quedarnos a la zaga de la incontenible marcha del mundo en su esfuerzo creador. Quedar paralizados resultaría suicida. Debemos, en consecuencia, encontrar —con ansiosa búsqueda de positiva mística patriótica— las soluciones más racionales y las más justas. La producción en los tiempos modernos es también un problema de libertad, de comprensión humana. Y de responsabilidad social.

Indudablemente, la problemática que estamos planteando corresponde con manifiesta prioridad a la atención del sindicalismo, por ser, precisamente, los trabajadores los primeros afectados por el fenómeno en su fase más delicada, que es la social, concerniente a la falta o pérdida

de ocupación con sus desgraciadas secuelas de miseria económica, etc., derivadas de cualquier situación anómala que sufra el fenómeno de la producción. Los trabajadores han de presentar al sindicato sus inquietudes y los peligros que encierra la adopción de cualquier innovación en los procesos industriales del gremio a que pertenezcan. Son los grupos de trabajadores quienes en estas primeras etapas de industrialización que corremos en Venezuela los que deben estar vigilantes en el proceso del desarrollo, en sus incidencias y en sus distintas modalidades. Y no podrá haber sindicatos eficaces si no se deciden a participar en la política socio-económica del país con pleno conocimiento de las diversas manifestaciones de nuestra producción y de nuestra productividad. Los viejos caminos de nuestra gastada burocracia sindical, entretenida en concursos de belleza y confección de carrozas del más decadente gusto artístico, debe dejar paso a los nuevos sindicalistas preocupados por los choques que se producirán entre una mano de obra descalificada e impreparada y las graves sorpresas que nos traerán los novísimos métodos tecnológicos.

AUTOMATISMO

Nuestro sindicalismo tiene enfrente una tarea inmensa. Y está llamado a ser el elemento básico de la nueva estructura económica, política y social de la Venezuela industrial moderna. Habrá de vencer gran resistencia empezando por aquellas que surgirán del seno mismo de los trabajadores. La revolución de la máquina del siglo pasado puede servirnos de patrón a seguir. El automatismo, como todo hecho histórico, deberá producirse en medio de crisis y de tensiones, con frecuencia agudas y hasta trágicas. Pero como todo hecho indeclinable, hay que afrontarlo. Nuestro sindicalismo habrá de ponerse al día, barriendo bueyes cansados y haciéndose adecuado e idóneo para la enorme tarea que se presenta al trabajador. El fenómeno sindical en este mundo moderno de la automación debe responder con plenitud a las gravísimas situaciones que van a presentarse, a medida que nuestra industrialización vaya tomando cuerpo. No es momento para seguir utilizando burócratas en decadencia, inflados de autosuficiencia servil y perorizante.

La "aventura" automatizadora requiere responsabilidades mucho más serias que las que provienen de ciertas elecciones venusianas que muy poco influirán en remediar los problemas inherentes al empleo de la mano de obra y los que se derivan de una defectuosa concepción del desarrollo y organización de la producción nacional.